

## ROMANCE SEGUNDO

Don Antonio de Fonseca,  
Caballero de alta ley,  
De los católicos reyes  
El noble embajador es,  
Que al rey de Francia acompaña  
Y le sigue por doquier;  
Y avisado por el Duque  
Viene en el momento aquel.  
Preséntase con modestia,  
Pero con el rostro, que  
Cara de pocos amigos  
Llama el vulgo, y llama bien.  
Al verle con fatuo orgullo  
El cristianísimo Rey,  
Que da al vicario de Cristo  
A gustar vinagre y hiel,  
Con miradas de desprecio  
Y con gesto de altivez,  
«Oh caballero, le dice,  
Llegais en buen hora, pues  
»El venerable Legado  
Me habla, y el Duque tambien,  
De un tratado con España,  
Que lo que encierra no sé.»  
«Señor, responde Fonseca,  
¿Cómo ignorarlo podeis,  
Cuando en Perpiñan, vos mismo  
Pusisteis la firma en él,  
»Y debajo el régio sello  
Puso vuestro canciller?...  
Mas puesto que lo olvidasteis,  
Escuchadme, os lo leeré.»  
Y sacando de su seno  
Un abultado papel,  
Con respeto y con firmeza  
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia  
Favorable al interés  
De la corona de Francia,  
Exclamaba al punto el Rey:



«Es muy válido, recuerdo  
Que en Perpiñan lo firmé.  
Ese artículo, Fonseca,  
Os ofrezco mantener.»  
Pero cuando otro escuchaba  
Interesante tambien  
O al decoro de la Iglesia  
O de Castilla al poder:  
«Dadme el tratado, decia,  
Dádmelo, Fonseca, pues  
Si eso firmé lo desfirio,  
Que enmendar un yerro es bien.»  
Y las cláusulas borrando,  
Con menosprecio y desden  
El pliego le devolvía  
Diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida  
Del sufrimiento cortés,  
Don Alonso de Fonseca  
No se pudo contener,  
Y: «Rey de Francia, prorumpe,  
Si mofaros pretendéis  
De mí, que soy caballero,  
De mi patria y de mi Rey,  
»Vive Dios que á tolerarlo  
No estoy yo dispuesto; y pues  
Borraís lo que no os conviene,  
Borro y anulo tambien  
»Lo que es á vos favorable,  
Rompiendo el tratado, ved.»  
Y desgarrando valiente  
El respetable papel,  
Tiró los rotos pedazos  
Del rey de Francia á los piés,  
Y calándose el sombrero  
Sin hacer vénia se fué.  
Y con la mano en la espada  
Atravesando un tropel  
De alabardas y ballestas  
Salió del campo francés.

## LA BUENA-VENTURA

## ROMANCE PRIMERO

LA CITA



Lumbreras de un lindo rostro,  
Vivaz, gracioso y moreno,  
De las cercanas paredes  
De un edificio frontero,  
En cuyos sillares blancos  
Daba la luna de lleno,  
Descubriendo tres balcones  
Con barandales de hierro,  
Debajo dos rejas grandes  
No muy lejanas del suelo;  
Y cerrada una ancha puerta,  
Sobre la que tiene asiento  
Un noble escudo de mármol  
Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,  
En realidad corto trecho,  
Era espacioso teatro,  
Mejor diré, campo inmenso  
De fantásticas escenas,  
De mil extraños sucesos,  
Indecisos y confusos  
Como figuras de un sueño,  
Que claramente veía  
La imaginacion de fuego,  
Y la mente arrebatada  
De aquel gallardo mancebo.  
De Salamanca las ciencias,  
Los doctores y los ergos  
Que atrás deja, ve delante,  
Y su pobre hogar á un tiempo.  
Y ve los campos de Italia,  
Aunque nunca estuvo en ellos;  
Mas á do quiere ausentarse,  
De ambicion de gloria lleno;  
Y ya se juzga soldado,  
Y ya se halla en los encuentros,  
Y mira reyes cautivos,  
Y ve ejércitos deshechos;  
Y naciones conquistadas,  
Y á sus piés tronos y cetros,  
Montes de oro y de laureles,  
Anchos mares, mundos nuevos:  
Y todo lo ve, que todo  
Cuanto abraza el pensamiento  
Lo ven, y lo ven palpable  
Las almas de privilegio.

Era en punto media noche,  
Y reinaba hondo silencio  
De Medellín en la villa,  
Sumergida en dulce sueño.  
Desde un trono de celajes  
Nacarados y ligeros,  
Cándida, apacible luna  
Brillaba en el firmamento:  
Sobre el pardo caserío  
Derramando sus reflejos,  
Como sobre los sepulcros  
De un tranquilo cementerio.  
Y en una desierta calle,  
Donde sus claros destellos  
Una mitad alumbraban,  
La otra en sombras confundiendo,  
Estaba en la parte oscura,  
Receloso y encubierto,  
Un noble jóven gallardo,  
No muy alto, aunque bien hecho.  
Ropon y loba vestía,  
El uno y el otro negros,  
Traje propio de que usaban  
Escolares de aquel tiempo.  
De su cintura pendía  
Una espada de Toledo,  
Y un laud con ambas manos  
Apretaba contra el pecho.  
Los ojos no separaba,  
Vivos, rasgados, de fuego,

Mas de todo cuanto mira  
Como en borrosos bosquejos,  
Como las mudables formas  
De nubes que rompe el viento;

Es el primer personaje,  
Es el más distinto objeto,  
Es reina y reguladora,  
Y sol de sus pensamientos,

La modesta doña Elvira,  
De Medellín embeleso,  
Y á quien guardan las paredes  
Do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,  
Para ella anhela trofeos,  
Para ella quiere tesoros,  
Que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes  
Que no quiso darle el cielo,

No puede con ella unirse,  
Que es pobre, aunque caballero.

Tambien teme á un poderoso  
Rival, ignorante y necio,  
Pero que ganó en la guerra  
Tesoros é ilustres premios.

El que al padre de su amada,  
Codicioso como viejo,  
Con sus riquezas y honores  
Tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme, el jóven  
Es de doña Elvira dueño,  
Pues esperándole, inquieta,  
Aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,  
Saldrá, su cita cumpliendo,  
A ofrecerle ser su esposa  
Y á jurarle amor eterno.

## ROMANCE SEGUNDO

### LAS CUCHILLADAS

Diz que en cuanto el gallo canta  
Desparecen de improviso  
Los aquelarres de brujas,  
Los fantasmas y vestiglos;

Así desaparecieron  
Las escenas ó delirios  
A que la mente del jóven  
Daba vida en aquel sitio,

De un gallo al sonoro canto,  
Que al momento repetido  
Por otros que parecían  
Los ecos de aquel recinto,

Al soñador recordaron  
Que allí tan sólo ha venido,  
De un *adios* tierno de amante  
A padecer el martirio.

A exigir una palabra,  
Y á ofrecer un plazo fijo,  
Que con segura esperanza  
Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,  
Y á sus acentos sentidos  
Canta una letra amorosa  
Con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento  
Que dió vida y regocijo  
A las auras de la noche,  
Fuera conjuro ú hechizo,

De una reja las maderas  
Abrense en el edificio,  
Que el mancebo contemplaba,  
Y queda un cuadro sombrío,

Do aparece un bulto blanco,  
Cuyos contornos divinos  
Resaltaban en lo oscuro  
Por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra  
Suelta, y fuera de sí mismo  
Corre á la dorada reja,  
Abraza los hierros frios:

Y en una mano de nieve,  
Que uno de ellos tiene asido,  
Éstampa labios de fuego  
Por la pasión encendidos.

Balbuente, temeroso  
Como enamorado fino,  
Que ser amor elocuente  
De ser falso es claro indicio,

Iba á pedir que dos años  
Le conserven fe y cariño,  
Que en ellos ganar espera  
Pingüe estado y nombre digno;

Cuando (siempre los amantes  
Han de tener enemigos,  
Que en los mejores momentos  
Truequen la dicha en martirio)

Cuando á lo léjos resuena  
Un alarmante ruido,  
Que á los dos enamorados  
Sobresalta de improviso.

«Retírate, dice el jóven,  
Quede tu decoro limpio,  
Que yo tornaré á tus plantas  
Sin importunos testigos.»

«Nada temas, seré tuya,»  
Entre sollozos le dijo  
Su amada, y cerró la reja  
Dejando abierto un resquicio.

Quiere el mancebo alejarse,  
Mas no puede sin ser visto,  
Y no es hombre que la espalda  
Sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle  
Que á él dirigen su camino,  
A dos quedarse ve luégo  
En no muy distante sitio,

Y al tercero aproximarse  
A paso largo y altivo,  
Resplandeciendo la luna  
En su pomposo atavío.

Al Comendador conoce  
Que volvió de Italia rico,  
Y que á su Elvira pretende  
Con impertinente ahinco.

Mucho celebra el encuentro,  
Y sólo le pesa el sitio;  
Pero ya arrestado á todo,  
Le espera firme y tranquilo.

El Comendador le dice,  
A diez pasos dando un grito:  
«Retiráos de aquí, estudiante,  
O mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano  
Que á ese insulto dé castigo,»  
Dice el mancebo, y se arroja  
Como rayo desprendido

De las nubes. Los aceros  
Relampaguean, y vivo  
Arde el combate, lidiando  
Sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene  
El jóven su rostro herido;  
Del contrario el pecho roto  
Lanza ya de sangre un río;

Y perdiendo va terreno,  
Vacilante, cuando un silbo  
Da, y vienen espada en mano  
Los otros dos á su auxilio.

El jóven, como valiente,  
Desprecia á los asesinos,  
Y dejando ya en la tierra  
Al Comendador tendido,  
Carga á los dos y los hiere,  
Y los pone en tal conflicto,  
Que rápidos como el viento  
Buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce  
De su victoria el peligro,  
Y á su casa se retira,  
Pobre solar, aunque antiguo,  
Y que tambien noble escudo  
Ostenta en el frontispicio  
De la puerta, de que lleva  
La llave falsa consigo.

A don Martin, su buen padre,  
Anciano de hidalgo brio,  
Encuentra sobresaltado,  
Receloso y discursivo:

Que del mancebo en la mano  
Viendo el hierro en sangre tinto,  
«¿Qué has hecho, Hernando?» le dice,  
Y contéstale su hijo:

«Al Comendador he muerto,  
Dando á un insulto castigo,  
Que el honor que tú me diste  
Ha de estar como el sol, limpio.»

«Válgame el cielo (prorumpo  
El noble anciano), preciso,  
Aunque Hernando, yo no dudo  
Que con razón has reñido,

»Es el ponernos en salvo,  
Que es inminente el peligro,  
Siendo poderoso el muerto  
Y nosotros desvalidos.»

«Partiré al momento á Italia,  
Cual estaba decidido,»  
Dice Hernando; mas el padre  
Prudente responde: «Hijo,

»De las glorias de la Italia  
Ya te has cerrado el camino:  
El Comendador en ella  
Del Rey ha estado al servicio;

»Del ínclito don Gonzalo  
Era deudo y favorito,  
Y allá ha dejado parientes  
Con honra y con poderío.»

«Pues á las Indias, el jóven  
Dice, á marchar me decido;»  
Y algo extraordinario y grande  
Brilló en su rostro al decirlo.

## ROMANCE TERCERO

EL EMBARCO



En la iglesia de San Pedro,  
Una de las más antiguas  
Entre las muchas insignes  
De la opulenta Sevilla,

A las seis de la mañana  
Se está diciendo una misa,  
Porque Dios dé buen viaje  
A un jóven que va á las Indias.

Es el gallardo extremeño  
A quien hace quince días  
Que de Medellin, su patria,  
Arrojó su valentía;

Y que en una gruesa nave  
Debe aquella tarde misma  
Despedirse de la Europa  
A buscar remotos climas.

Y con don Martin, su padre,  
Junto al altar, de rodillas,  
A San Pedro se encomienda  
Y al cielo le pide dicha;

En el traje de soldado  
Mostrando tal gallardía,  
Que del devoto concurso  
Tiene la atencion cautiva.

Terminado el sacrificio  
Recibe la Eucaristía,  
Resplandeciendo en su rostro  
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada  
Que era en la Borcinería,  
Hostalaje de un morisco,  
Estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre,  
Cuyas áridas mejillas,  
Lágrimas de desconsuelo  
Quemaban y humedecian:

«Hernando, Hernando, hijo mio,  
A tierras lejanas vas,  
Donde nunca olvidarás  
De mi noble sangre el brio.

»Cual cristiano y caballero  
Teme á Dios, guarda su ley,  
Sirve con lealtad al rey,  
Sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des á la codicia  
En tu hidalgo pecho entrada,  
Flaqueza vil, que degrada  
El cuerpo, y el alma vicia.

»Sé á tus cabos obediente,  
Afable á tus compañeros,  
Y sin bravatas ni fieros  
En el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido,  
Moderado en la ventura,  
Con generosa cordura  
No estés vano, ni abatido.

»Del malo te apartarás,  
Únete siempre á los buenos,  
Que si no ganas, al ménos  
Con ellos no perderás.

»Si llegas á obtener mando,  
Manda con moderacion,  
Pero solo, y con teson  
Hazte obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés  
O por ajena influencia,  
O no exige la obediencia,  
Para el mando inútil es.

»Tolera disimulado,  
Aunque te haga padecer,  
Agravio que no ha de ser  
Plenamente castigado.

»Reparte con discrecion  
La recompensa y castigo,  
Y al derrotado enemigo  
Trata con moderacion.

»Resuelve con madurez,  
Mas resuelto, nada ataje  
La ejecucion; aventaje  
Al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas  
Extender, y de tu rey

Los dominios, sea la ley,  
Hernando, de tus empresas.

»Y no tengas duda alguna  
De que si lo haces así,  
Siempre irán en pos de tí  
La victoria y la fortuna.

»De tu noble inclinacion  
Mucho espero, mucho fio,  
Basta; abrázame, hijo mio,  
Recibe mi bendicion.»

La escena tierna, y sublime  
Dolorosa despedida  
Que pasó entre el hijo y padre  
No es posible describirla.

De momentos tan solemnes  
Los afectos de familia,  
Los pensamientos y penas  
Se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,  
Pasó rápido aquel día,  
Los tristes y los alegres  
Al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,  
De un cadáver comitiva,  
A la tumba del ocaso  
Con majestad descendía.

Cuando la pieza de leva  
Dió el trueno de la partida,  
Del Guadalquivir soberbio  
Retumbando en las orillas;

Ya del arenal la puerta  
El padre y el hijo pisan,  
Y hácia la torre del Oro  
Mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,  
Soberbia la perspectiva,  
Espectáculo grandioso  
El que deslumbró su vista:

Cubierto el rio de naves  
De mil naciones amigas  
Con flámulas, gallardetes,  
Banderolas y divisas

Donde espléndidos colores  
Con el sol poniente brillan,  
Donde se mecen las auras,  
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas  
De cuanto la Europa cria,  
De cuanto el arte produce,  
De cuanto ansia la codicia.

De armas, víveres, aprestos,  
Fardos, cajones y pipas,

De extraordinarias riquezas,  
De varias mercaderías.

Y en las naves y en las barcas,  
En los muelles y marismas  
Y en arenal, alameda,  
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes  
De todos reinos y climas,  
De todos sexos y clases,  
De todas fisonomías.

Del grande español imperio  
Hombres de todas provincias,  
Y de todas las naciones  
Que la Europa sábia habitan.

Moros, moriscos y griegos,  
Egipcios, israelitas,  
Negros, blancos, viejos, mozos,  
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,  
Soldados, guardas, espías,  
Alguaciles, galeotes,  
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,  
Frailes legos y de misa,  
Charlatanes, valentones,  
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,  
Quincalleros y cambistas,  
Galanes, ilustres damas,  
Gitanas, rufianes, tias:

Todo bullicio tan grande,  
Tan extraña algaravía,  
Tal confusion de colores,  
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo  
Como el cielo de Sevilla,  
Que era un pasmo de la mente,  
Un cuadro de hechicería.

Tras de la torre del Oro,  
Mientras don Martin activa  
El embarco, maldiciendo  
Gabelas y socaliñas,

Hernando sueña despierto,  
Y pensando en doña Elvira,  
Embebido en lo pasado,  
Presente y futuro olvida.

Llamó su atencion de pronto  
Una voz ágría y ronquilla  
Que le dice:—«Caballero,  
Por Dios una limosnita.»

Vuelve en sí sobresaltado,  
Y delante de sí mira  
Una miserable vieja  
De extraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,  
Seco, como de ceniza,  
Con dos penetrantes ojos,  
De fuego que muere chispas,  
Descubre entre sucias tocas  
Que rojo manto cobija,  
Sobre un traje de anascote,  
Hecho á desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente  
Algo raro se veía,  
Reunion de astucia, ignorancia,  
Imbecilidad, malicia.

Para darle algun socorro  
En la escarcela registra,  
Y miéntras le da un cornado  
Dice la bruja ladina:

«¡Qué lindo y gallardo jóven!  
Si se embarca para Indias,  
La buena-ventura puedo  
Decirle, que sé decirla.»

Hay en la vida momentos  
Que la mitad de la vida  
Por columbrar lo futuro  
Se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio  
Contempla aquella estantigua,  
La mano diestra le ofrece  
Puesta la palma hácia arriba.

La vejezuela la toma,  
Un momento la examina,  
Y ora las cejas arquea,  
Ora amaga una sonrisa;  
Y al fin se estremece, tiembla,  
Echa fuego por la vista,  
Y: «¡Qué estoy mirando, cielos!»  
Cual energúmeno grita.

Expresion rara y terrible  
Su muerto semblante anima;  
Crece, y convulsa le crujen  
Los huesos y las canillas.

Y: «¡Oh mancebo generoso!  
Exclamó, ¡qué de inauditas  
Glorias y hazañas te esperan!  
¡Qué de triunfos en las Indias!»

«Tiembra el infierno, ¡tu espada  
Cuántos tributos le quita!...  
Ve ufano... De contemplarte  
El cielo se regocija...»

«Emperadores y reyes  
Te doblarán la rodilla.  
Cual prodigios, cual portentos  
Verá el mundo tus conquistas.

«Tu huella hundirá naciones  
Las más guerreras y ricas,

Como del pastor la huella  
Hunde vivares de hormigas.

»Con montes de oro y laureles  
Los astros allá te brindan.  
Eterno será tu nombre,  
Inmortales tus fatigas.

»Vuela; el sol de un Nuevo-Mundo  
Serás...» No pudo sufrirla  
El jóven tiempo más largo,  
Juzgando la retahila

Cosa á todo aventurero  
Por aquella bruja dicha,  
Para sacar recompensa  
Más abundante y opíma.

Y la interrumpe, y le dice:  
«Sólo quiero que me digas  
Si seré tan venturoso  
Que regrese á estas orillas.»

Quedó suspensa la vieja,  
Muda en él los ojos fija,  
Pero apagados; su rostro  
Se seca, se desanima;

Y con la expresion siniestra  
De una sardónica risa,  
«Volverás... sí... le responde,  
Que volver es tu desdicha;

»Volverás... sí... de seguro...  
El sol se va y vuelve... mira...»  
Y con una enjuta mano  
Y un dedo que parecia

El de la terrible muerte,  
En rara actitud le indica  
A Castilleja, por donde  
El rojo sol se escondía.

El jóven á Castilleja  
Torna de pronto la vista,  
Como obediente al mandato  
De la mano imperativa;

Y ve que una parda nube  
Que imitaba las cortinas  
De un rico dosel, tomaba,  
Por el ambiente movida,

De un gran féretro la forma,  
Circundado de amarillas  
Candelas, y en cuyo seno  
Del sol el cadáver iba.

Vago terror siente Hernando,  
Los cabellos se le erizan,  
Y por algunos momentos,  
Hecho mármol, ni aun respira.

La mano del tierno padre,  
Su voz grata y sus caricias,  
Diciendo: «Llegó la hora,  
Vamos, y Dios te bendiga,»

Le tornan en sí; anheloso  
A la bruja ó Pitonisa  
Busca, mas la busca en vano;  
Desaparecido había.

Acaso entre aquella turba,  
Do era imposible seguirla,  
Otras limosnas demanda,  
Otros casos pronostica.

Se abrazan al pié del muelle  
El padre y el hijo; pisa  
Este la ligera lancha,  
Que al punto huye de la orilla.  
Llega á la nave; la nave  
Trinquetes y gavias iza,  
Y corta pomposa el rio  
Entre universales vivas.

## ROMANCE CUARTO

## CONCLUSION

Este Hernando, este mancebo  
Era Hernan-Cortés: su nombre,  
Gloria la mayor de España,  
Asombro y pasmo del orbe,  
Lo dice todo. Un imperio  
De cien guerreras naciones  
Descubrió, y rindió su lanza  
Con seiscientos españoles.  
Vuelto á la patria, por premio  
Ingratas persecuciones

Su corazon destrozaron,  
Rompieron su pecho noble.  
Y aquí en Castilleja, lleno  
De desengaños atroces,  
Rindió á su Criador el alma  
Que tan grande concedióle;  
Sin que despues haya visto  
El ábsortó mundo un hombre,  
Que de Hernan-Cortés al lado  
La historia imparcial coloque.

Sevilla, 13 julio 1838.

